CIENCIA Y SOCIEDAD
Volumen XV, Número 1
Enero - Marzo 1990

DE LA DEMOCRACIA DOMINICANA. NOTAS EN TORNO AL DESPUNTE DE UN MOVIMIENTO SOCIAL

VANNA IANNI*

Presentación

Esta breve reflexión se propone desarrollar una aproximación al escenario social y político dominicano, asumiendo como punto de perspectiva la tensión y la conflictualidad que, en los últimos años, lo han atravesado de modo recurrente e inquietante. El marco temporal del análisis resulta constituido por el período 1982-1989, que corresponde a una coyuntura de crisis, incertidumbres y transformaciones ambiguas y profundas. El trabajo se plantea algunas interrogantes básicas: Los conflictos sociales cíclicos y persistentes, que connotan la coyuntura, ¿signan la emergencia de nuevos actores sociales y políticos? ¿Las protestas señalan el despunto de un movimiento social? Por otra parte, ¿cómo el movimento emergente interpela la frágil democracia dominicana? Dentro de la crisis, ¿cuáles son las apuestas y cuáles los desafíos que plantea? ¿Cuáles las potencialidades y cuáles los límites que lo

* Facultad Ciencias Sociales, INTEC.

demarcan? ¿Cuáles los efectos que produce en el sistema político y en las redes sociales?

Desde los inicios de los 80 la sociedad dominicana, así como otras sociedades latinoamericanas, registra una pluralidad de inconformidades, rupturas y conflictos ubicados decididamente en lo territorial y en lo urbano, los cuales presentan rasgos inéditos respecto a las décadas precedentes. Situarlos en el escenario nacional y conceptualizar sus direccionalidades y su impacto, se torna un modo necesario de replantear la vieja pero siempre acuciante interrogante acerca de la viabilidad de la democracia en la República Dominicana, acerca del espesor de los procesos de ciudadanización y de modernización que la soportan.

Las hipótesis que orientan la reflexión que proponemos, afirman que:

a) En 1984, despunta en República Dominicana un movimiento social eminentemente reivindicativo y más limitadamente político y de clase, que remite a un actor cuya identidad se define como popular. b) Este movimiento social resulta portador de una demanda de democracia, que hoy se revela como la más amplia en el escenario dominicano, la cual -sin embargo- no ha encontrado interlocutores significativos entre los actores sociales y políticos. c) No obstante las resistencias de un sistema político "cerrado", poco disponible a obviar las restricciones y exclusiones que tradicionalmente han caracterizado su forma de ordenamiento de las prácticas sociales, esta demanda de democracia sigue constituyendo un referente importante y no soslayable para la consolidación y expansión de los procesos democráticos dominicanos.

Por último, consideramos importante precisar que estas notas no representan una sistematización acabada y conclusa, más bien pretenden exponer un conjunto de reflexiones y preocupaciones que hemos venido elaborando en los últimos años, desde cuando en abril de 1984 las masas dominicanas irrumpieron en el escenario nacional y lo transformaron de modo súbito.

El perfil de la coyuntura

De modo no lineal ni continuo, 1978 marca en República Dominicana el inicio de un proceso de redefinición del Estado, que se inclina hacia formas más consensuales de producción del orden y que se expresa en la emergencia de un cierto rejuego entre sus poderes y en el

ensanchamiento de los espacios de presencia e influencia de los partidos. Aún débiles, precarios e intermitentes, los partidos empiezan a estar presentes en la vida institucional. "¿Acaso la democracia no es un modo de expresión y tratamiento del conflicto del que los partidos son uno de sus signos?" (Cavarozzi y Garretón: 1985:45).

Al respecto, el inicio del segundo gobierno del PRD, señala un proceso tortuoso y desigual que remite, contemporáneamente, a una cierta consolidación del sistema de partidos y a una crisis profunda y manifiesta. Los partidos establecen entre sí momentos de reconocimiento y legitimación recíprocos, al mismo tiempo, capacidad de agregación de la demanda social. De este modo, agosto de 1982 señala el inicio de una coyuntura en la que la crisis, ya presente, se profundiza, complejiza y muestra no poder ser en lo posterior, soslayada o eludida.

Uno de los signos más níticos de su nueva dimensión resulta constituido por la acentuación del autoritarismo del Estado. Desde el mismo discurso de toma de posesión, el gobierno de Salvador Jorge Blanco tiende a instaurar una relación vertical y rígida con la sociedad, que restringe los espacios democráticos en el ámbito de una visión tecnocrática que signa la transformación definitiva del PRD en un "partido de gobierno", ajeno al populismo originario. Las decisiones de política económica que el gobierno toma obvian la intencionalidad redistributiva del período anterior e implementan una política de "ajuste" que genera pronunciados procesos de polarización social. "La aplicación del programa de ajuste significó una acción deliberada para reducir el nivel de vida de la población; en este caso la lógica del despojo no era concentrar el ingreso y estimular la acumulación en el sector industrial urbano, sino generar un excedente para el pago de la deuda externa" (Ceara Hatton: 1987:251). Al mismo tiempo, la crisis que atraviesa al PRD, cada vez más alejado de la sociedad, segmentado y desgarrado por internas apetencias particularistas de poder, se transmite al Estado, obstruyendo su funcionamiento y debilitando su toma de decisiones que carecen de credibilidad y eficacia.

Crisis política, económica y cultural se anudan y profundizan, adquiriendo una dimensión que trasciende la coyuntura y que no resulta interrumpida por las mutaciones introducidas por el "retorno" al poder de J. Balaguer.

Sin embargo, resulta importante subrayar que la crisis de los años 80 constituye el ámbito en el que se producen profundas

transformaciones de la sociedad dominicana. En efecto, el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, propio de los años 1968-1977 (Ceara Hatton: 1989:26), y las dificultades para implementar una política económica limitadamente redistributiva al margen de las necesarias reformas estructurales, inclinan al Estado a adoptar una estrategia de reordenamiento del aparato productivo orientada decididamente "hacia afuera".

La implementación de un modelo económico centrado en las zonas francas, el turismo y la agroindustria produce transformaciones determinantes en los actores sociales, interrumpiendo y cambiando la configuración de su identidad. Incorpora al mercado una fuerza de trabajo "cautiva", sin tradición y posibilidad de organización (Duarte, I:1-86:213-251), lo cual marca el agotamiento de las formas de resistencia y de lucha antes adoptadas. Expulsa del campo una mano de obra no calificada que acrecienta los cinturones de miserias de las ciudades y potencia la expansión del sector informal. Redefine los valores de una sociedad hasta hace poco campesina y pueblerina, transformando patrones culturales, valores y símbolos. La expansión del flujo migratorio externo, legal e ilegal, incrementado por la crisis, produce un impacto de retorno en la economía y en la cultura dominicana, el cual deviene una componente no soslayable de los procesos de transformación de la sociedad.

Los principales indicadores de los niveles de desequilibrio social, el aumento del desempleo y del subempleo, la depreciación del salario real, el aumento del área de la población situada por debajo de la línea de pobreza, trazan un cuadro de la profundidad del deterioro de las condiciones de vida de las masas populares y de cómo se acentúa la ya pronunciada desigualdad en la distribución de las "oportunidades de vida" (Dahrendorf: 1989:35).

Esta coyuntura de rápida transformación de los actores signa un debilitamiento de la acción de clase, que aparece restringida y poco coherente, así como la emergencia de nuevas formas de acción social y política. Sitúa una sociedad "en movimiento" y un sistema político paralizado, con limitada capacidad de respuesta frente a las demandas de modernización y cambio. Estado y partidos quedan enmarcados en pautas de relaciones verticales e instrumentales, encerrados en formas de liderazgos impropios para agregar una sociedad tradicionalmente "grupuscular" como la dominicana y hoy -además- en proceso de

transformación. Por otra parte, el fortalecimiento de los grupos de interés y de presión que articulan la acción del empresariado no logra evadir las obstrucciones y los vacíos que afectan al sistema de los partidos. Resulta, además, signado por un corporativismo estrecho, poco disponible al reconocimiento del pluralismo y de los derechos sociales básicos. Se remite a una idea de modernidad, sensible al establecimiento de reglas y procedimientos pero poco preocupada por la incorporación de todos los sujetos al "juego" político, inclinada a solicitar el fortalecimiento de las instituciones representativas, pero poco dispuesta a indagar la consistencia del universo representado.

De este modo, en la vida pública dominicana, los partidos exhiben una legitimidad reducida y los grupos de interés no llegan a activiar las mediaciones necesarias para garantizar una cohesión aceptable y una expansión de la vida política y social. Se profundiza la falta de institucionalidad, el personalismo en un Estado en el que la sociedad se reconoce cada día menos.

Este, con los inicios del gobierno de J. Balaguer registra una acentuación ulterior del peso del Ejecutivo, el cual reivindica una función de mediador concebido no como articulador de intereses, sino más bien como defensor de un "bien común" concebido al margen de la participación e iniciativa de los grupos sociales. De este modo, el nuevo gobierno despliega una estrategia de orden que, eficaz en otras coyunturas, opera, en la actual, como una obstrucción para los procesos de modernización e institucionalización.

El indicador más claro de esta fractura entre Estado y sociedad que caracteriza a la coyuntura 1982-1989, está constituido por la amplitud y permanencia de la conflictualidad inédita que eclosiona en la sociedad. Interrogarse acerca de ella, sondear sus sinuosidades y escuchar sus ecos, resonancias e interpelaciones nos parece una perspectiva posible, quizás necesaria, para empezar a entender una crisis que no permite lecturas lineales en términos de "catástrofe" o de "anticipación de un orden ya definido. La crisis, cuya morfología presenta características diferentes en los distintos escenarios, despiega un espectro ambiguo y desigual en el cual la descomposición se entremezcla con el anuncio de nuevas configuraciones. En este escenario de indefiniciones inusitadas, la posibilidad de una refundación del sistema político, a través de una redefinición y expansión de la democracia, se perfila como una opción

posible, la cual, sin embargo, amerita de una cautelosa reflexión acerca de los actores y del proyecto que soportarían su realización.

Una cartografía de la conflictualidad social

Los inicios de la coyuntura 1982-1989 registran la eclosión lenta, intermitente y puntual de formas organizativas nuevas, asentadas en la territorialidad y referidas a un actor que se percibe a sí mismo, de modo todavía confuso, como morador y popular. Se trata de un despunte eminentemente confuso, tímido y fluido, no "visible" para la mirada que, en el escenario, se detiene en los actores principales.

Los espacios de las nuevas luchas resultan locales, casi mínimos; las demandas aparecen restringidas, enmarcadas en reivindicaciones elementales; las agregaciones resultan inestables y precarias y se autonombran de modo diferente según las localidades y los liderazgos (comité de lucha, comité de defensa). Las formas organizativas tienden a acentuar el papel de las asambleas, la institucionalidad se manifiesta mínima y las experiencias aparecen limitadas tanto en número como en horizonte de auto-reflexión.

Este punteado casi imperceptible de orientaciones y acciones, se transforma de improviso con la explosión de abril de 1984. La revuelta de tres días, que se extiende a una parte considerable del territorio nacional y despliega niveles elevados de intensidad y de violencia, constituye la repentina irrupción en el escenario público de una conflictualidad hasta este momento desapercibida, soterrada y latente. La revuelta no representa el efecto de una intencionalidad coordinadora, de una planificación aún reducida de parte de alguna organización política y social. Constituye una sublevación inmediata ante determinadas medidas de una política económica restrictiva de las condiciones de vida de las masas, la cual sintetiza y sanciona un progresivo deterioro de su materialidad y una creciente reducción de sus espacios políticos.

Sin embargo, aun remitiendo al marco económico y político en el que se produce la revuelta, la fisonomía de esta última queda todavía como interrogante. En efecto, el evento "revuelta" requiere ser entendido en su producción, en el despligue singular que lo configura. El mapa de su constelación, construido sobre la base de información periodística, por ende, puramente aproximativo y alusivo, sitúa los núcleos de la protesta según un eje que atraviesa el territorio nacional

desde el Distrito Nacional hacia el Norte. Para tratar de entender la silueta particular que lo identifica, nos parece importante remitirnos a otro mapa, construido -esta vez- sobre la base de un registro longitudinal de las luchas populares, localizadas en el territorio a lo largo de los primeros seis meses del perído 1983-1989 (Cuadros Nos. 2 y 4).[1] La sobreposición de los dos mapas revela un ordenamiento casi idéntico; es decir, los lugares en los que se registran protestas en abril de 1984 son también, en general, los escenarios en los que se protagonizan las luchas de los últimos seis años. La introducción de las variables "continuidad" e "intensidad" permite, a nuestro entender, leer el perfil de la revuelta relacionando la posibilidad de una respuesta en términos de "protesta" con la presencia de un "potencial de movilización" más o menos pronunciado. Al respecto, es preciso aclarar que utilizamos la categoría de "potencial de movilización" en el sentido de "un conjunto de relaciones sociales, una percepción interactiva y negociada de las oportunidades y de los límites de la acción, común a un cierto número de individuos" (Melucci A:1987:42).

Precisamente, la activación de este "potencial de movilización" es lo que permite explicar la amplitud y los tiempos casi sincrónicos de la revuelta, en ausencia de coordinación y dirección. Se trata de una "respuesta" anclada en cuadros comunes de referencia, en comunes modalidades de ordenar la coyuntura, sostenidas por vivencias colectivas, entramadas por sentimientos, recuerdos, símbolos sedimentados en el tiempo y producidas por experiencias compartidas.

Abril de 1984 se manifiesta enraizado en todo un conjunto de relaciones comunitarias y asociativas a las que a su vez, potencia, amplía, pone "en movimiento". En efecto, multiplicando repentinamente las luchas, marca el inicio de un ciclo de conflictualidad creciente cuyo trazado presenta una silueta no lineal, con vértices y caídas sucesivos y cuya intensidad más elevada se sitúa en febrero de 1988. (Cuadro No. 8).

Para una mirada dirigida a ordenarla proporcionalmente, la acumulación de las luchas manifiesta una tendencia a un crecimiento pronunciado, que sólo en 1989 presenta, por primera vez, una inflexión. (Cuadro No. 10).

Por otra parte, cuando en relación a la localización de las luchas tomamos en cuenta las variables "intensidad" y "continuidad", resulta importante constatar una correlación significativa entre las dos, lo que

evidencia una connotación cíclica en la estructura temporal de la acción colectiva. Los lugares en los que, en los últimos años, se ha registrado el número más elevado de luchas son también aquellos donde las luchas han manifestado los niveles más elevados de continuidad, de permanencia. Esta correlación nos conduce a hipotizar que:

a) En distintos lugares se han configurado "ciclos de protestas" que, ordenados según una escala de intensidades decrecientes, abarcan 21 lugares del territorio nacional. Utilizamos la categoría de "ciclo de protesta" en la definición enunciada por S. Tarrow y que remite a procesos caracterizados por un nivel de conflictualidad que traspasa las frecuencias e intensidades normales, por la presencia simultánea de distintos sectores, la aparición de nuevas formas de protesta y la combinación entre viejas y nuevas prácticas organizativas (Tarrow, S.:1982: 131). Por lo que respecta a la distribución de la conflictualidad en el territorio, nos parece posible y oportuno adoptar una perspectiva que localice el "ciclo de protesta" en espacios restringidos. Las particularidades de la coyuntura estudiada nos inclina a trabjar la dimensión local al lado de la nacional y, por ende, a hipotizar la configuración de distintos "ciclos".

b) La emergencia de "ciclos de protestas" opera como un indicador de la formación de "áreas de movimiento"; es decir, de la presencia de un territorio de una pluralidad de grupos interrelacionados y portadores de un sentido de permanencia a una identidad común, no necesariamente expresada en términos organizativos (Melucci A.: 1984:26).

c) Por último, la nucleación de "ciclos de protestas" proporciona al análisis importantes indicaciones acerca de dónde concentrarse para captar la emergencia de nuevas formas de acción. En efecto, los ciclos "son la matriz en la que se producen las nuevas armas de la protesta social" (Tarrow S.:1982:130).

Pasando a la consideración de otros aspectos, resulta importante destacar que el interlocutor principal de las luchas está representado por el Estado, lo cual concurre a establecer relaciones de correspondencia, coincidencias y unidad relativas entre ellas, y a acentuar, además, la dimensión más propiamente política.

Las demandas revelan una dimensión eminentemente urbana, relacionada a los problemas de los servicios y propia a las del espacio compartido (agua, luz, escuelas, clínicas, calles). Desde finales de 1986,

además, toma cuerpo y lugar de eje del movimiento, sobre todo en el Distrito Nacional, una sucesión de protestas que expresan niveles importantes de resistencia y oposición ante la estrategia estatal de remodelación autoritaria de la ciudad. Esta última apunta a redefinir los espacios, valorizándolos, redistribuyéndolos y expulsando a sectores significativos de los grupos populares, desalojados compulsivamente y reubicados en zonas periféricas, alejadas de los circuitos de los intercambios económicos y privados de los equipamientos básicos.

La emergencia de un movimiento que puede calificarse como urbano modifica profundamente la fisonomía del movimiento popular dominicano de la segunda mitad de los años 80, transformando y desplazando sus actores. Se constituye en señal de la profundidad de la crisis que atraviesa al movimiento sindical, así como al movimiento campesino y al movimiento estudiantil, protagonistas de las luchas de los años 60 y 70.

El actor sindical se presenta disgregado, desorientado y ansioso de un protagonismo que lo revela cada vez más débil e impotente. Resulta revelador observar que, mientras en los últimos años crecen en la base la tendencia a la sindicalización, aumenta también en las organizaciones intermedias y de cúpula (federaciones y centrales) la tendencia a la fragmentación. (Cuadros Nos. 5 y 6).

"La correlación negativa que se registra entre 'densidad sindical' y procesos de unificación se corresponde con la relación que, en el mismo arco temporal, se registra entre número de sindicatos registrados y número de pactos colectivos firmados ... Asumiendo como referencia la secuencia de años 1963-1986, la variable que registra la formación de sindicatos manifiesta una relación directa y fuertemente asociada con la variable temporal (R+0.702). Sin embargo, en el mismo período, el número de pactos colectivos registrados exhibe una relación inversa respecto a la variable tiempo (R+ -0.127)". (Ianni, V.:1988:63-64). Esta diferente relación con la temporalidad señala, de modo significativo, la amplitud del debilitamiento y del auto-bloqueo que restringe la acción sindical. Por otra parte, la desagregación de los datos relativos al tipo de sindicatos formados evidencia un incremento del número de sindicatos de oficio, para los cuales "el territorio" juega un rol importante. Se confirma, de este modo, que las transformaciones que caracterizan a la coyuntura 1982-1989, operan también en el interior del movimiento sindical y tienden a desplazarlo hacia los mismos espacios en los que se

ubica el movimiento urbano. Sin embargo, la "posibilidad objetiva" de una síntesis articulatoria de los distintos actores presentes en el espacio popular, permanece en la coyuntura, en lo fundamental, evadida.

La disminución y divisiones de una central como la Central General de Trabajadores (CGT), más pronunciadamente apegada a una perspectiva de clase, resulta un indicador significativo del impacto producido por los cambios operados en la sociedad y de las resistencias por entenderlos.

En lo que respecta al movimiento campesino, resulta importante destacar que en su interior operan tendencias análogas a las que redefinen la acción sindical. La coyuntura 1982-1986 registra un crecimiento nítido de las organizaciones de base unido a un debilitamiento acentuado de las coordinaciones regionales y nacionales (Cuadro No. 7). Las luchas, sobre todo después de abril de 1984, presentan un marcado carácter local y puntual. También en este caso, es posible observar cómo la "territorialidad" adquiere una relevancia creciente para las acciones. En las zonas de más elevada y permanente conflictualidad, se registran significativos procesos de incorporación de las asociaciones campesinas al interior de espacios de interacción con las otras organizaciones, presentes en el área y referidas a intereses de diferentes tipos (clubes de jóvenes, asociaciones de mujeres, grupos religiosos), los cuales articulan de modo nuevo las formas y metas de las acciones, confirmando la direccionalidad de las tendencias prevalecientes en el movimiento popular.

En el escenario nacional, al contrario, los débiles procesos de constitución del movimiento campesino convierten la crisis en un fenómeno caracterizado por procesos marcados de disgregación y diluición.

Por otra parte, el movimiento estudiantil, se encuentra comprometido en el desempeño de acciones eminentemente de solidaridad, habiendo perdido la capaidad de plantearse objetivos propios y de alcance nacional. Dentro de la coyuntura actúa más bien como un sector de "apoyo", cuya actividad resulta motorizada por las luchas del movimiento urbano, de las cuales es dependiente.

En otro orden, resulta importante observar cómo, en la coyuntura, se destaca la acción de las asociaciones profesorales que protagonizan protestas con capacidad de generar amplias movilizaciones y extensas solidaridades en la sociedad. La ANPA, la AMD, la ADP,[2] el Colegio

de los abogados revelan un gran potencial de movilización y se comprometen en largas luchas que ocupan la atención de la opinión pública, aunque no siempre sus direcciones manifiesten capacidad adecuada de orientación y conducción.

La crisis económica y social significa para la débil clase media un proceso de empobrecimiento que restringe, de modo acelerado y significativo, sus condiciones de vida. Este fenómeno genera procesos difusos de anomia y la presencia importante de una respuesta que opta por la "salida", es decir, por alimentar un consistente flujo migratorio externo. Al mismo tiempo, las redes de relaciones enlazadas, la experiencia acumulada, así como la menor exposición que las asociaciones profesionales presentan a la acción represiva y atomizadora del Estado, constituyen la matriz de una fuerte presencia de la respuesta "voice" o protesta.[3]

Sin embargo, estas redefiniciones que transforman en los años 80 el perfil del movimiento popular dominicano no encuentran reconocimientos significativos en el interior de éste. De modo más pronunciado, el movimiento sindical se resiste a reconocer en el movimiento urbano un partner de igual peso. Obstruyen sus orientaciones y prácticas pautas tradicionales, esquemas de pensamiento y acción que se derivan de una visión economicista y ontológica de las clases y del rol protagónico del proletariado, separada del acontecer de la sociedad dominicana.

En efecto, la coyuntura 1982-1989 registra la eclosión de una pluralidad de posiciones, de formas de acción y de organización no directamente referidas a la estructura de las relaciones de producción y difícilmente reconducibles a una dimensión directamente de clase. Por el contrario, el polimorfismo y la heterogeneidad que la distinguen se corresponden con procesos de constitución de un "actor popular", es decir, responden a un principio articulatorio que la ordena en el marco de la oposición básica dominantes-dominados, que se perfila como el clivaje social principal.

Por otra parte, la constelación de movilizaciones puntuales, locales, barriales registra el asomo, al lado del actor popular y entremezclado con él, de actores aún más transversales respecto a las relaciones de producción. Se trata de las organizaciones ecologistas y de la mujer.

Desde 1982 se registra una multiplicación de las organizaciones de mujeres (comités de amas de casa, grupos de madres, clubes de mujeres, comités de mujeres) contemporánea a un aumento de la presencia femenina en las organizaciones mixtas. Un estudio reciente rastrea en los barrios de la ciudad de Santo Domingo la presencia de 17 entidades intermedias y de 39 grupos de base comprometidos con la educación popular y la acción de la mujer (Consultores Asociados: 1989) un movimiento como el actual, enraizado en la cotidianidad, portador muchas veces de una visión moral y religiosa de la vida, despliega un escenario en el que la mujer encuentra espacios inéditos y significativos de movilización y de participación. "Si la experiencia urbana sigue los ocultos meandros de la sociedad civil más naturalmente que las anchas vías que llevan al Estado, existe, en algún nivel fundamental, una íntima conexión entre las mujeres y la ciudad, entre los movimientos urbanos y la liberación de la mujer" (Castells, M.: 1986:112). De modo no lineal, traspasando las resistencias y permanencias del autoritarismo y del centralismo de los códigos tradicionales de definición de los roles y de los desempeños, la mujer empieza a construir su identidad, enriqueciendo al mismo tiempo al movimiento popular con una dimensión en la que la diversidad no está concebida y vivida como transitoria y negativa. De este modo, concurre a conferir a la democracia un espesor que desborda lo político y abarca los espacios de la cotidianidad y de la viviencia inmediata.

Por otra parte, el naciente movimiento ecologista resulta portador de una visión de la relación hombre-naturaleza no sometida a una concepción lineal del progreso ni a un marco tecnocrático regido por una lógica instrumental y única. De modo importante, sus grupos más activos han logrado establecer, en algunas zonas de mayor presión ecológica, relaciones consistentes con las organizaciones populares, campesinas y barriales convirtiendo la demanda ambientalista en el eje ordenador de algunas de las más importantes jornadas de protesta que se han protagonizado en República Dominicana en los últimos años.

Significativamente, la plataforma reivindicativa de la huelga nacional de los días 19 y 20 de junio de 1989, coloca en uno de sus puntos la demanda de "una política de protección del medio ambiente", lo que atestigua la presencia e incidencia alcanzada por la conciencia ambientalista en el movimiento popular.

Ambos, el movimiento ecologista y el de la mujer, resultan portadores de nuevos códigos cognitivos y emocionales que concurren a enriquecer la dimensión cultural del movimiento urbano.

¿Despunta un movimiento social?

La pronunciada movilización[4] de los sectores populares, desde abril de 1984, se caracteriza por una pluralidad de formas organizativas inestables y extremadamente puntuales. El "potencial de movilización" que soporta a las luchas se activa coyunturalmente, pasando de una a otra modalidad de acción y organización. La continuidad del movimiento no resulta perceptible al nivel inmediatamente descriptivo, requiere de un sondeo minucioso que apunte a captar los desplazamientos, las dislocaciones y las transformaciones que de modo continuo atraviesan y recomponen las acciones, para situar continuidades y marcar rupturas.

A este respeto, nos parece interesante referir que un análogo fenómeno de movilidad e intermitencia de los actores, se registra durante la "guerra de abril", en los "comandos", que representan la forma organizativa popular que sobresale en aquella importante coyuntura (Moreno J.:1973:59).

En otros aspectos, abril de 1984 signa la irrupción de una forma de agregación y organización que inicialmente desborda todas las formas anteriores. Se trata de los Comités de lucha popular (CLP), que después de abril, se diseminan y multiplican repentina y aceleradamente en todo el territorio nacional. Resultan caracterizados por una connotación más decididamente política que reivindicativa, y desde el origen aparecen atravesados por la intencionalidad de los partidos de izquierda de insertarse en la coyuntura y dirigir la conflictualidad social.

En efecto, su emergencia resulta marcada por la ambigüedad y heterogeneidad, constituyendo su forma y acción una síntesis precaria e imperfecta entre las experiencias acumuladas por parte de grupos barriales de diferente adscripción y la estrategia de las izquierdas de crear un instrumento de dirección de la movilización popular.

Esta síntesis, inestable y confusa, encuentra sus potencialidades obstruidas por las confrontaciones y la dispersión que debilitan y minimizan el papel de las izquierdas dominicanas en el escenario político así como en el escenario social. Los límites y dificultades de las organizaciones partidarias se transmiten a los CLP (es paradigmático al

respecto el caso del barrio Capotillo) y acentúan las dificultades de constitución del actor popular. Este último encuentra sus procesos complicados y parcialmente bloqueados por la actitud de las organizaciones políticas "de apoyo", cuya acción tiende a cortocircuitar su atonomía y a negar la especificidad de su identidad, la que reduce a pura sumatoria de clases en la que confiere el rol protagónico al proletariado.

La historia de los CLP remite, en gran parte, a una secuela de desgarramientos internos producidos por el conflicto entre el peso de la tradición autoritaria y la presión de las instancias participativas. La respuesta del adversario estatal, que alterna la represión con estrategias de desintegración e incorporación selectiva y solapada, encuentra un elemento de refuerzo en la actitud de las formas organizativas tradicionales (partidos y sindicatos) que mal comprenden la coyuntura.

De este modo, mientras los CLP, desbordados por las dificultades de su esfuerzo constitutivo, pierden legitimidad entre las masas, la desconfianza hacia todos los partidos y los sindicatos se extiende ampliamente, acompañada por un preocupante anti-intelectualismo que debilita las posibilidades de articulación del horizonte popular y aminora su dimensión reflexiva e instrumental. El verticalismo y el coyunturalismo que afectan las accciones de los CLP y los aislan de las masas, encuentran un revelador reconocimiento de su negatividad en la decisión de propiciar un "cambio de nombre" que las diferentes organizaciones partidarias empiezan a tomar desde 1986. En efecto, en lo sucesivo, se forman Comités de lucha comunitaria, Comités de acción popular, Comités pro desarrollo, Comités ad hoc. El fenómeno resulta indicativo y sintetiza las dificultades de los CLP para expandirse entre las masas populares y el asomo de una tenue, ambigua y desigual conciencia en las direcciones partidarias, de la urgencia de acciones menos verticales y más conformes a las características propias de las demandas populares.

La referencia a las formas organizativas así como a la dimensión cuantitativa de las protestas, resulta limitativa si no está acompañada por un nivel de análisis dirigido a explorar cómo los eventos se "producen", a evidenciar el tejido de relaciones y de orientaciones que los constituyen y tornan posibles. "El problema del análisis consiste en explicar cómo estos elementos están unificados, cómo un actor colectivo se constituye y permanece" (Melucci A:1987:41).

En el caso dominicano, un sistema político que reitera y profundiza sus exclusiones y un modelo económico que inclina a la polarización

social y a la deprivación de las masas populares perfilan el marco de emergencias de luchas recurrentes e intensas. Sin embargo, la reducción de los espacios políticos ocupados por las masas durante el primer período de gobierno del PRD (1978-1982) y la frustraciónu de las expectativas que acompaña la implementación de las medidas de "ajuste" y de conversión "hacia afuera" del modelo económico demarcan una posibilidad que para tornarse en emergencia real requiere de la operatividad de otros elementos, resultados de largos y sinuosos procesos de acumulación y sedimentación históricas.

En efecto, una mirada al movimiento emergente desde abril de 1984, permite captar una pluralidad de grupos formales e informales que soportan un "potencial de movilización" que representa la verdadera matriz del movimiento. La sociedad civil dominicana se revela enlazada por una pluralidad de grupos pequeños que se fortalecen y se difunden en la coyuntura.

Las masas populares no resultan una sumatoria de individuos aislados, atomizados, profundamente desgarrados. Por el contrario, una espesa red de interrelaciones entrama su tiempo vivido; en ella se unen y confunden las relaciones de parentesco con las relaciones de vecindad, las relaciones de trabajo y las que se derivan de intereses compartidos. Lealtades primarias se mezclan con las solidaridades de la ayuda mutua, se confunden con los lazos propios al asociacionismo de diverso tipo. Uniones de vecinos, comunidades eclesiales de base, comités de amas de casa, clubes, grupos culturales y religiosos, asociaciones deportivas, asociaciones de padres y amigos de escuelas, grupos ecológicos y, a un nivel intermedio, un pulvísculo de centros y de instituciones de diferentes características alimentan un flujo permanente de interrelaciones en los centros urbanos y en las comunidades del campo.

Es éste el nivel determinante para la producción del sentir y el percibir populares, en el que se sedimentan experiencias y vivencias, se enlazan expectativas y se deparan incertidumbres, temores y esperanzas. El despliegue de esta red de interrelaciones explica la posibilidad de la emergencia de abril de 1984 y los acontecimientos sucesivos. Explica también la dificultad, reiterada y profunda, para el establecimiento de una coordinadora nacional de las distintas organizaciones o de una coordinadora del Distrito Nacional.

Los "networks" existentes se presentan restringidos a áreas localizadas, con una capacidad sólo coyuntural, precaria y momentánea de

soportar acciones continuas de dimensión nacional. La huelga de los días 19 y 20 de junio de 1989, la más importante del período por su extensión en el tiempo y el abanico de sectores abarcados, exhibe una unidad que no logra sobrevivir al despliegue de la acción colectiva.

Representa el caso más sobresaliente y nítido para la comprobación de nuestra hipótesis. Al mismo tiempo, la permanencia de algunas coordinadoras locales (San Francisco, Bonao, mucho más limitadamente Santiago) confirma que, allí donde las redes de interrelaciones que mezclan lo primario y lo impersonal llegan a abarcar todo el territorio de una comunidad o de un centro urbano, el peso de los esquematismos, de las exclusiones y del divisionismo no obstruye de modo determinante la coordinación de las acciones colectivas. En efecto, los lugares donde se han constituido los "ciclos de protestas" más intensos se revelan como el escenario en el cual los pequeños grupos resultan más numerosos y activos, así como las interrelaciones más frecuentes. Del mismo modo, resulta igualmente importante observar que los liderazgos emergidos remiten a individuos particularmente integrados a su comunidad o barrio.

Por otra parte, una vez trazada -aún grosso modo- la fisonomía del movimiento, se hace imprescindible interrogarse acerca de su identidad. ¿Se trata de un movimiento social? Sólo la dimensión analítica posibilita trascender la descripción y la fenomenología de lo que aparece, y cuestionar el alcance, la identidad y la "puesta en juego" de un movimiento determinado.

De modo introductorio, resulta importante subrayar que la acción colectiva no responde nunca a una sola dimensión, y por lo tanto, requiere de un esfuerzo de descomposición, separación y conceptualización (Touraine, A.:1987:77: Melucci A.:1982:34).[5]

Es igualmente determinante precisar que este análisis se remite, para la definición de movimiento social, al cuadro categorial proporcionado por los trabajos de A. Melucci[6] y sustenta la hipótesis de que en la República Dominicana se registra el despunte de un movimiento social, de tipo reivindicativo y político, más limitado y embrionalmente de clase.

En primer lugar, en las diferentes acciones que se han sucedido desde 1984, ha venido asomando y definiéndose el **problema del poder.** Ha emergido la aspiración a un poder distinto del poder excluyente y

desigual que "organiza" las prácticas sociales actuales. Enfoques diferentes se perfilan y entrecruzan, se contraponen y confunden en el magma del movimiento emergente: algunos demandan un "poder popular" entendido como "alternativo" y producto de rupturas violentas, otros hablan vagamente de la necesaria construcción de una dualidad de poderes, y otros apuestan a un trabajo de crítica interna a las instituciones, a su transformación a través de procesos de descentralización que amplíen y creen nuevos espacios de participación e iniciativa ciudadana.

En otro orden, una dimensión de la acción colectiva, que sobresale de modo particular en las prácticas del movimiento mismo ligado al problema de los desalojos, es aquella relativa al **cuestionamiento de la linealidad de la idea de modernidad, de progreso, de desarrollo.**

Lentamente, se abre camino la consciencia de la multiplicidad de opciones presentes en la idea de progreso, y la posibilidad de una "forma" inclusiva de los intereses y de los modos de vida del pueblo. Aún estriada de actitudes románticas y latentemente conservadoras, esta referencia desde lo popular a la polimorfía y diversidad de opciones latentes en la vida de progreso, y distintamente expresivas de los intereses sociales signa una ampliación del horizonte popular y la emergencia de un enfrentamiento en torno a la dirección que se debe imprimir a los procesos históricos dominicanos. Al respecto, podríamos hablar del despunte de un "movimiento histórico", es decir, de un movimiento que lucha por definir la orientación del cambio y que se inclina hacia la formación de un movimiento social (Touraine, A.:1987:97).

Un tercer componente que resulta preciso destacar para la hipótesis de la configuración de un movimiento social, está constituido por la **demanda de democracia** presente en una multiplicidad de acciones y relevante también en los códigos que las orientan y, al mismo tiempo, derivan de ellas. Esta demanda de democracia se caracteriza por la importancia que confiere al elemento de la participación y por un rechazo nítido, permanente y extendido de cualquiera modalidad de legitimación formal, privada del consenso sustancial de los representados. Se expresa en una constante reivindicación de presencia en la toma de decisiones, desde aquellas locales y restringidas hasta aquellas que envuelven el "destino común". Aunque no ciara, dividida entre institucionalización e indiferencia hacia las instituciones, atravesada por una visión organicista de las prácticas sociales, esta demanda de

democracia constituye la más amplia y profunda interpelación democrática emergida en el escenario público dominicano en la coyuntura, la cual no se restringe a la dimensión política sino que entiende la democracia como modo de vida y un valor en sí.

Al respecto, resulta interesante y significativa la "proclamación de los derechos barriales" efectuada por el "Comité para la defensa de los derechos barriales" (Copadeba), una de las organizaciones de mayor incidencia en el movimiento urbano. La "Carta" de los derechos barriales discurre de lo social a lo político, económico y cultural. Muestra la coexistencia de demandas corporativas y locales con demandas de horizonte nacional. Estas últimas sitúan, de modo particularmente nítido, los límites de los procesos de ciudadanización, revelando obstrucciones decisivas en el ejercicio de los derechos civiles y sociales básicos.[8]

Por otra parte, la cotidianidad en la que se encuentran situadas las demandas populares, exhibe una dimensión cultural en la que se percibe el despunte de **códigos culturales nuevos**. A pesar de resistencias y obstáculos no soslayables, una visión de la vida que confiere valor a la diferencia, la pluralidad, la autonomía y la justicia, al desarrollo equilibrado de hombre y naturaleza empieza a asomar y a perfilar un movimiento social.

Por último, las formas de acciones que el actor popular emergido desde abril de 1984 ha adoptado resultan múltiples y, en parte novedosas. "La formación de movimientos ... debe crear formas nuevas de acción colectiva" (Touraine, A.:1982:136). Manifiestan una dimensión acentuada de expresividad y simbolismo. Marchas de calderos vacíos, encendido de velas, quema de incienso e incendio de gomas y de autos se constituyen en modalidad de configuración de la identidad popular y de transmisión de sus mensajes. La adopción del recurso a los paros barriales como dispositivo preparatorio de paros regionales o nacionales, indica la adquisición, al interior del movimiento, de la conciencia de la necesidad de reforzar las redes locales de comunicación y organización como etapa previa a luchas de alcance mayor. De modo más o menos implícito, constituye una parcial superación de antiguos y arraigados espontaneísmos, una confusa percepción de la dinámica propia del movimiento urbano.

En síntesis, consideramos posible hablar del despunte de un movimiento social en República Dominicana, a partir de 1984. Su adversario

resulta ser el Estado y su identidad se define como popular, es decir, caracterizada genéricamente por relaciones de exclusión y de explotación. La "apuesta" por la que lucha, remite no sólo al orden de los roles y de las funciones,[9] apunta también a un cambio de poder,[10] y, más débilmente, a la sustituciónu de los códigos "de apropiación de los recursos sociales".

Movimiento social, sistema político y democracia

La coyuntura 1982-1989 sitúa, en los escenarios dominicanos, un sistema político en crisis, con limitada capacidad de articular y agregar los intereses de una sociedad en "movimiento". Los diferentes actores sociales manifiestan, aún en modos y formas desiguales, niveles significativos de separación respecto a la toma de decisiones del Estado y una cierta dificultad para reconocerse en las estrategias partidarias. Un desencuentro inquietante aleja sociedad política y sociedad civil, mientras la crisis se expresa de modo diferente en los distintos escenarios. Atravesando las estructuras económicas y sociales, produce procesos acentuados de redefinición que varían el perfil de los actores sociales y dislocan las obstrucciones presentes en el aparato productivo. En el sistema político, por el contrario, asume una circularidad y un inmovilismo que atestiguan la rigidez y la escasa permeabilidad de éste a las demandas de institucionalización y modernización que expresan los grupos sociales.

La crisis, en la medida en que alcanza a un Estado que desde sus momentos fundacionales ha desbordado la sociedad, cuestiona la centralidad autoritaria del rol de ordenador social de éste y adquiere un espesor histórico. En el caso dominicano, resulta pertinente subrayar que el Estado que entra en crisis se caracteriza por niveles relevantes de "inconclusión", que remiten a la incumplida nucleación de una esfera de intereses generales y a una honda escisión entre marcos jurídicos-institucionales y prácticas sociales. Los procesos de ciudadanización, restringidos y débiles, manifiestan ausencias y bloques determinantes en el campo de los derechos civiles, políticos y sociales. De este modo, la crisis encuentra posibilidades limitadas y poco perceptibles de resolución en el interior del escenario político.

La sociedad civil dominicana de los años 80 presenta, al contrario, niveles apreciables de "movimiento" y de consenso en torno a la urgencia de establecer "reglas" claras y estables como marco para la mediación

de los conflictos sociales y la contención de la incertidumbre colectiva. Al mismo tiempo, sin embargo, registra un significativo e inquietante desconcierto acerca de las características del "pacto" por definirse.

El despunte de un movimiento social constituye el signo más nítido de la centralidad e importancia de la "apuesta" por la que luchan los diferentes actores sociales. La magnitud de la respuesta "exit", así como la "voice", proporciona un referente significativo para apreciar la profundidad de la inconformidad y del malestar social.

Por otra parte, ¿hasta dónde el movimiento social emergente ha producido transformaciones en el sistema político? ¿Hasta dónde su interpelación democrática ha encontrado interlocutores y oportunidad de definición? Resulta importante observar que, aún en los momentos de mayor conflictualidad, el movimiento social no ha encontrado representación y presencia aceptables en el escenario político. Desde abril de 1984, la estrategia del Estado y de los grupos empresariales, secundada por las organizaciones sindicales, ha apostado a neutralizar al nuevo actor popular, y tendiendo a dislocar la confrontación hacia un escenario más propicio a los grupos de poder constituido. Las diferentes etapas del Diálogo Tripartito manifiestan una **voluntad de negociación declarada**, pero, a la vez, **bloqueda** por la negativa a incorporar a los espacios de la concertación al protagonista real de las protestas populares. La dificultad para identificar organizaciones y líderes representativos de un movimiento marcadamente disperso y fluido, así como para nuclear demandas negociables, fue convertida desde el inicio en dispositivo de exclusión de las organizaciones barriales. De este modo, el Diálogo se construía un escenario "ficticio", no coincidente con el escenario en el que se jugaba la confrontación real entre las fuerzas sociales. En sus diferentes ediciones, se subsumía a las ambigüedades de la coyuntura. La disponibilidad a la concertación, particularmente positiva en una sociedad molecular, porosa e inclinada a las exclusiones, revelaba trabas decisivas para trascender la lógica de la elisión y de la desarticulación que seguía interceptándola parcialmente. De este modo, el escenario "construido" no lograba ordenar el escenario real, acrecentando las frustraciones y las inconformidades colectivas, acentuando la separación entre el empresariado y el Estado y realzando la fragilidad y desorientación del actor sindical. En los actores primaba la histórica inclinación a operar según dispositivos de exclusión y enmascaramiento, lo que interfería, y al final obscurecía, la demanda naciente

de transparencia, participación e incorporación expresada por el movimiento social.

De este modo, los efectos de reordenamiento que el movimiento social tiende a producir en el sistema político quedan parcialmente obstruidos. Sin embargo, sus acciones no podrían calificarse como ineficaces e irrelevantes. Contribuye, de modo decisivo, a tornar en sentido común la percepción del agotamiento de las formas actuales de hacer política, es decir, la conciencia de la impropiedad de estas últimas para los fines de un proceso de modernización y democratización de la sociedad dominicana.

Transmiten tensiones en el interior de los partidos, introducen elementos novedosos en la crisis de las Izquierdas. En los procesos de dispersión que caracterizan a estas últimas, producen redefiniciones y diversificaciones, siembran dudas y dislocaciones, interrumpen antiguos dogmatismos y acentuadas prácticas verticales y centralizantes. En los finales de los años 80, parece posible registrar síntomas significativos de "dualidad" en organizaciones que, implicadas en procesos restringidos y tortuosos de "aprendizaje", tienden a orientar sus acciones según principios opuestos y difícilmente mediables: participación y autoritarismo, protagonismo de vanguardia y de masa, democracia y socialismo autoritario. Al interior de estos procesos de desarrollo imprevisible, emerge paulatina y parcialmente una relación de "tensión" entre organizaciones populares y partidos, que empieza a sustituir su tradicional "imbricación".

Por otra parte, el sistema político no puede ser considerado como el único o principal escenario de referencia de un movimiento social. En efecto, en la coyuntura analizada, el movimiento social emergente produce cambios no soslayables en los referentes culturales. Los valores de participación, de autonomía, de igualdad y justicia adquieren una presencia inédita y tienden a redefinir el horizonte nacional, en el cual introducen una visión de la democracia como valor, modo de vida y régimen político, históricamente casi imperceptible. La interpelación democrática que caracteriza al movimiento social, parece haber logrado un impacto mayor en el modo de sentir y de percibir del actor popular que en el perfil político e institucional de la sociedad. Sin embargo, esta particular asimetría podría ser un signo de la presencia de un largo y difícil proceso de construcción del "soporte" requerido por las necesarias definiciones y redefiniciones institucionales.

La sociedad dominicana atraviesa una coyuntura de crisis y transformaciones, llena de incertidumbres y opacidades. Requiere de la definición de proyectos de alcance histórico, con capacidad de traspasar el corporativismo de los grupos sociales particulares, y redefinir los escenarios sociales y políticos, los símbolos y los valores comunes. La democracia se revela como el único principio articulatorio con posibilidad de viabilizar esta definición. Y, para la democracia, el movimiento social que asoma desde abril de 1984 se revela como un signo y, a la vez, como una presencia necesaria. La frágil configuración de la democracia dominicana encuentra, en las interpelaciones que lo enlazan, una señal de sus límites y una alusión a la posibilidad de alternativas por construir, una advertencia de no exclusión del actor popular y una sugerencia de códigos nuevos, inclusivos y no restrictivos de la pluralidad y de la diversidad de los actores y de las interpelaciones sociales. De este modo, democracia y movimiento social, se convierten, al final de los años 80, en puntos de perspectivas centrales para el devenir de los aconteceres dominicanos. Remiten, ambos, a temores y esperanzas, a una retahila de escenarios, situados en la incierta frontera en la que se confunde lo posible y lo imposible.

NOTAS

1. Resulta preciso subrayar la dimensión eminentemente aproximativa que caracteriza los cuadros y los gráficos referidos por este trabajo. El uso de fuentes periodísticas para el análisis de los movimientos se revela limitativo, en cuanto caracterizado por el subregistro relevante y sistemático de las acciones. Podría, quizás, hablarse al respecto de datos semiestadísticos. Sin embargo, consideramos útil recurrir a un cuerpo de información que, de algún modo, proporciona una posibilidad de aproximación a la complejidad del objeto estudiado.
2. Asociación Nacional de Profesionales Agrícolas (ANPA), Asociación Médica Dominicana (AMD), Asociación Dominicana de Profesores (ADP).
3. Ante una situación conflictiva e inaceptable se presentan para el actor dos opciones: responder con la "salida", lo que marca la decisión de retirarse de la interacción, o con la "protesta", es decir,

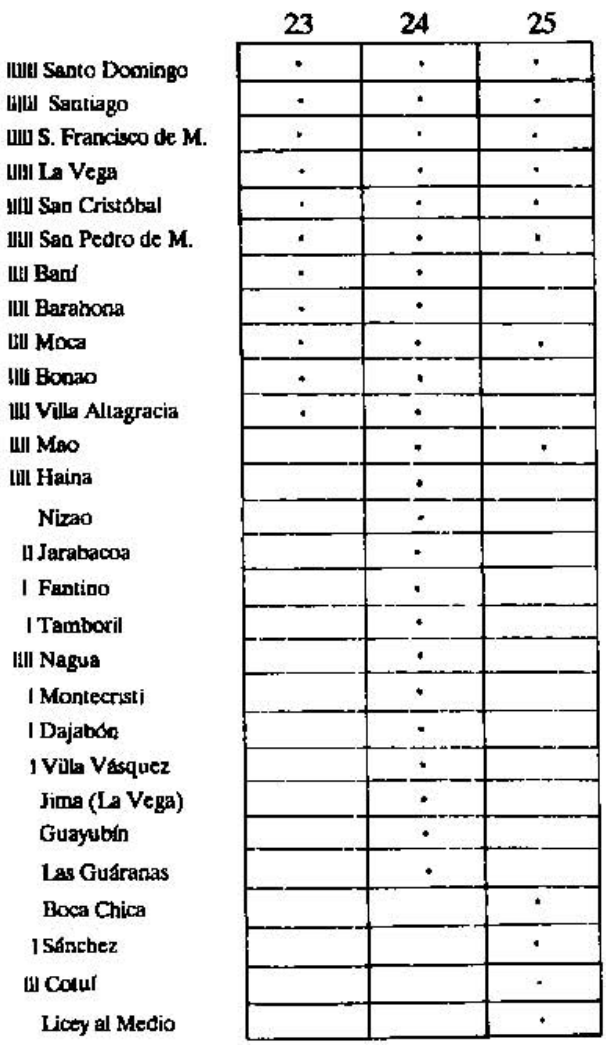
con el intento de luchar, de modos distintos, por el cambio. (Hirschman, A. O:1982:31).

4. "Las formas de acción que envuelven el actor colectivo en una confrontación visible con un adversario serán calificadas como movilizaciones o luchas" (Melucci, A.:1984:25).
5. "...una acción colectiva presenta siempre más de un significado al mismo tiempo" (Touraine, A.).
6. "Un movimiento social es una acción colectiva que manifiesta un conflicto a través de la ruptura de los límites de compatibilidad del sistema de referencia en el que se sitúa la acción (Melucci, A.:184:25).
7. "Tenemos iguales derechos frente a las leyes y la aplicación de la justicia ... Tenemos derecho a la seguridad social como individuos, como familias y como sector barrial en general ... Tenemos derecho al patrimonio histórico-cultural de la Nación y que se destaque nuestra presencia en él". (Copadeba:1989).
8. Este constituye el único referente aceptable en el análisis de los procesos latinoamericanos, que resultan permanente caracterizados por una separación decisiva entre cuadros institucionales y prácticas colectivas.
9. "Si el conflicto y la ruptura de las reglas ocurren en el interior de un sistema de organización, caracterizado por roles y funciones, considero oportuno hablar de un movimiento reivindicativo" (Melucci, A.:1982:28).
10. "Un movimiento político expresa un conflicto a través de la ruptura de los límites del sistema político" (Melucci, A.:1982:29).

CUADRO #1

REGISTRO TERRITORIAL NACIONAL DE LA REVUELTA DE ABRIL 1984

ABRIL 1984



LEYENDA

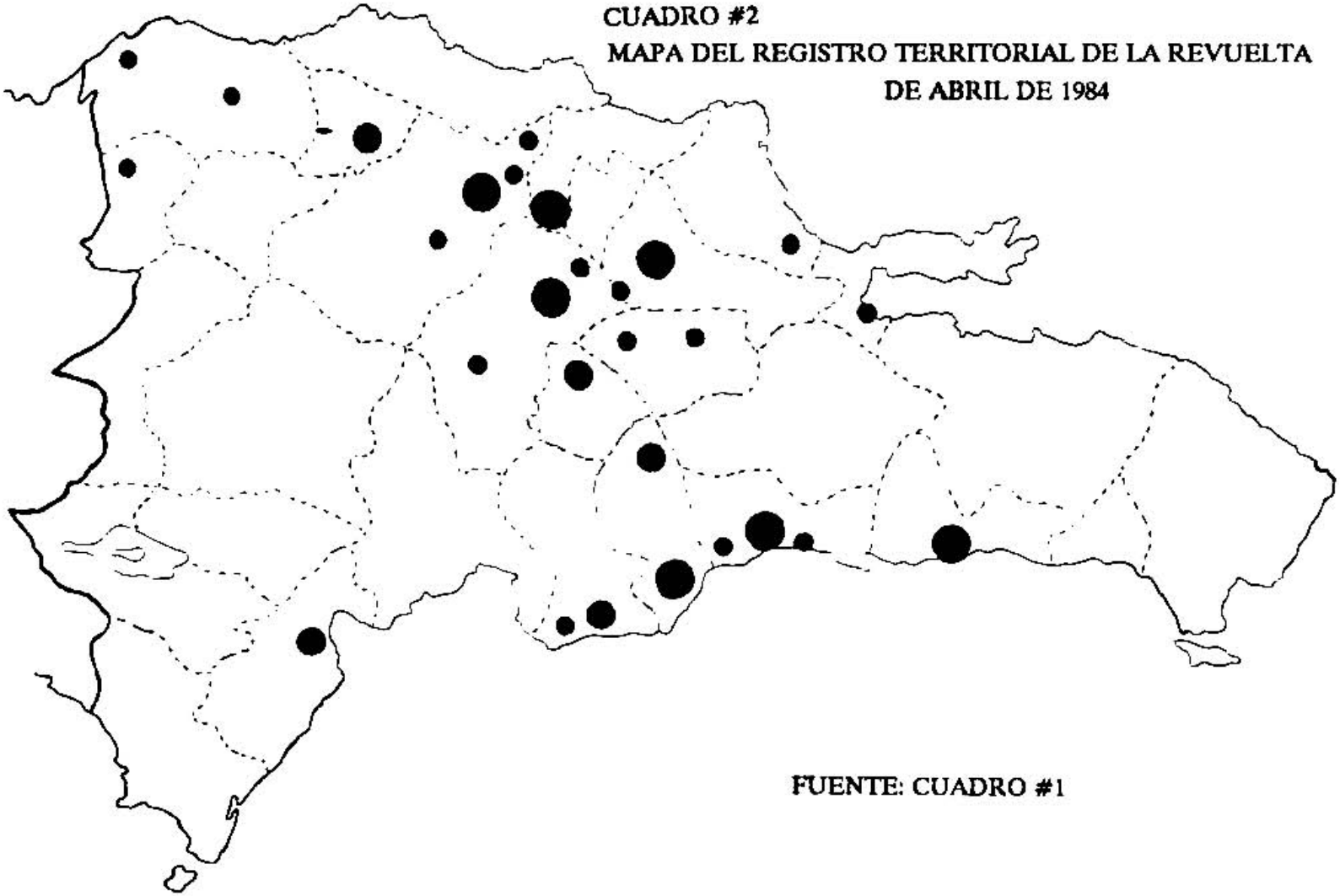
IIIII	100,000 y más habitantes
IIII	50,000 a 99,000
III	20,000 a 49,000
II	15,000 a 19,000
I	10,000 a 14,900
	5,000 a 9,900

23, 24 y 25
.23 y 24.0 o 24 y 25
sólo 25

Fuentes: Oficina Nacinal de Estadísticas.
Censo Nacional de 1981
Otro abril de lucha popular
Centro Dominicano de Estudios de la Educación (CEDEE)

CUADRO #2

MAPA DEL REGISTRO TERRITORIAL DE LA REVUELTA DE ABRIL DE 1984



FUENTE: CUADRO #1

CUADRO #3

REGISTRO DE LAS LUCHAS POPULARES SEGUN EL NIVEL DE INTENSIDAD

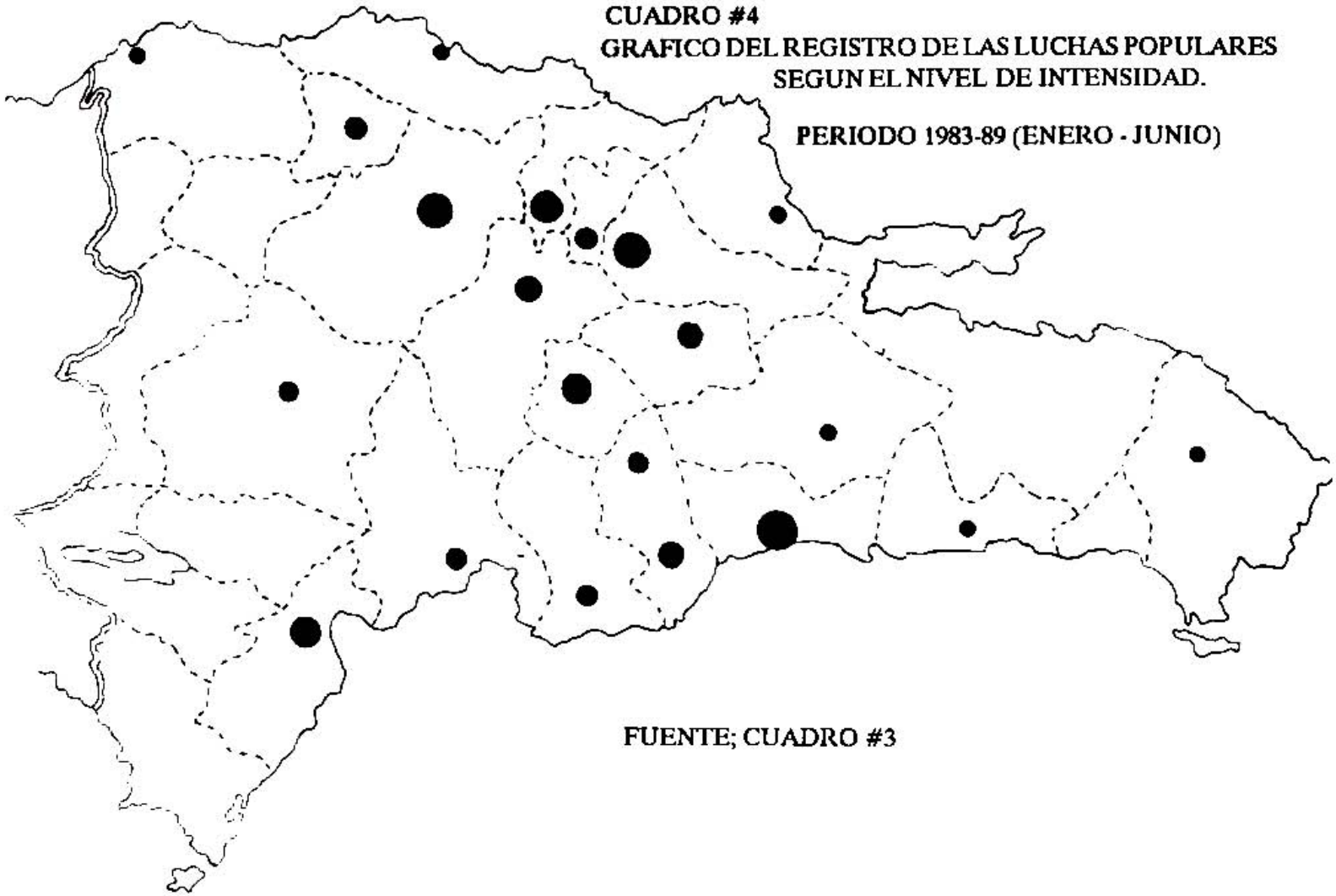
	83	84	85	86	87	88	89	TOTAL	%	INTENSIDAD	CONTINUIDAD
SANTO DOMINGO	17	38	58	48	60	108	46	358	35.7%	+300	C
SANTIAGO	4	17	9	11	21	28	16	102	10.19	+50	C
SAN FRANCISCO	5	3	18	9	26	18	12	86	8.59	+50	D
MOCA	1	5	3	2	11	21	3	45	4.49	+40	C
BONAO	0	3	2	15	3	10	11	44	4.39	+40	C
BARAHONA	0	2	7	11	2	9	11	42	4.19	+40	C
COTUI	0	1	2	2	12	11	9	37	3.69	+30	D
SAN CRISTOBAL	4	7	5	1	5	9	5	32	3.20	+30	C
LA VEGA	0	3	2	2	7	12	5	31	3.10	+30	D
MAO	1	4	5	3	6	4	1	27	2.70	+20	C
SAN JUAN	1	1	4	7	3	4	4	23	2.30	+20	C
SALCEDO	0	0	4	0	5	5	9	23	2.30	+20	-1
VILLA ALTAGRACIA	4	4	1	9	0	2	0	22	2.20	+20	-1
AZUA	0	0	5	2	1	11	3	22	2.20	+20	-1
BANI	4	8	2	1	5	0	0	22	2.20	+20	-1
SAN PEDRO	0	5	2	1	1	2	7	18	1.80	+10	-C
NAGUA	1	1	1	5	0	3	7	17	1.70	+10	-1
P. PLATA	1	0	7	2	2	2	2	15	1.50	+10	-1
HIGUEY	1	1	2	0	5	4	1	13	1.30	+10	-1
MONTECRISTI	1	1	1	3	3	3	0	11	1.10	+10	-1
MONTE PLATA	0	0	1	1	2	4	3	11	1.10	+10	-1
								1001	100		

Período 1983-89
(enero-junio)

FUENTE: CRONOLOGIA DE LAS LUCHAS POPULARES DOMINICANAS. CEDEE.

CUADRO #4
GRAFICO DEL REGISTRO DE LAS LUCHAS POPULARES
SEGUN EL NIVEL DE INTENSIDAD.

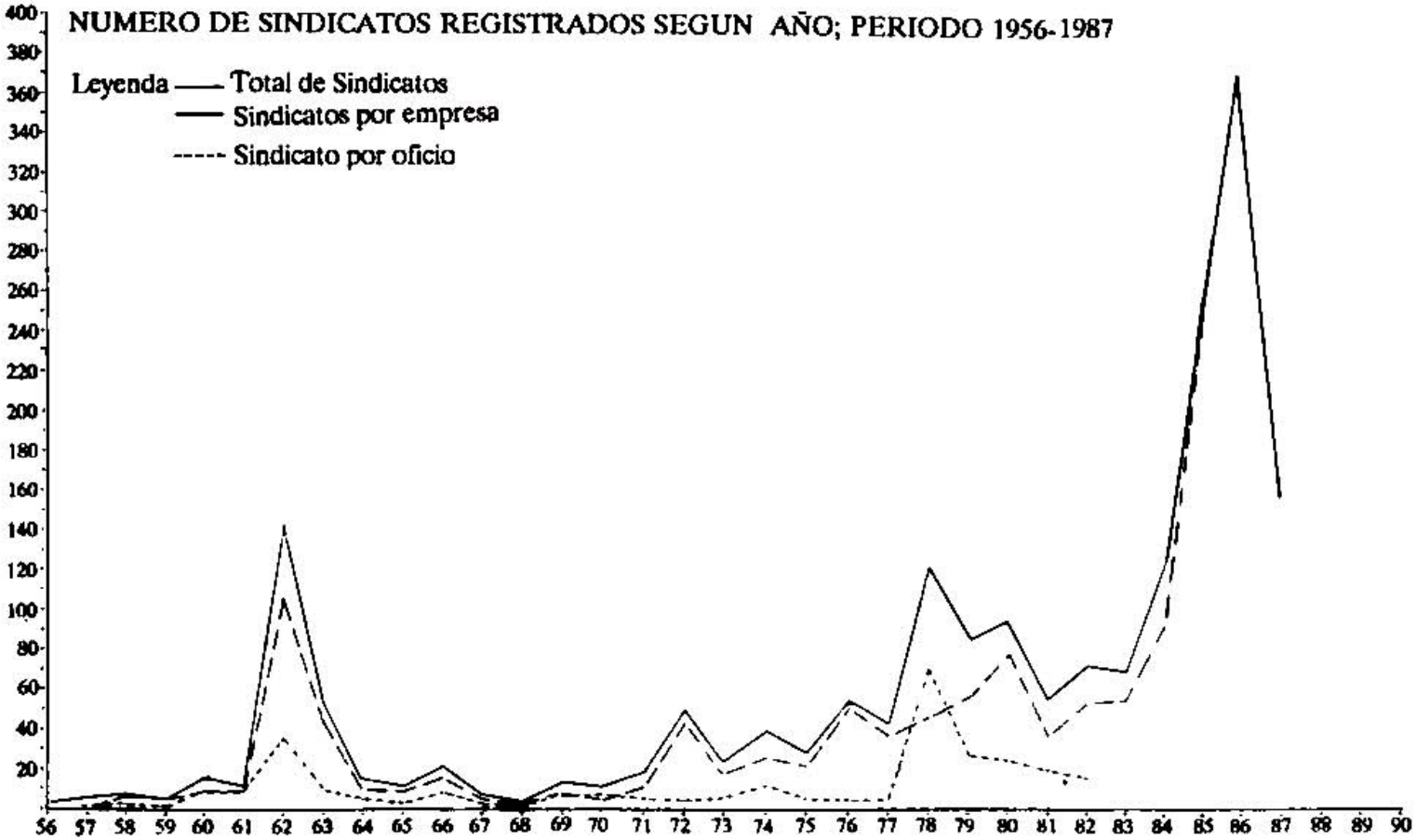
PERIODO 1983-89 (ENERO - JUNIO)



FUENTE; CUADRO #3

CUADRO #5

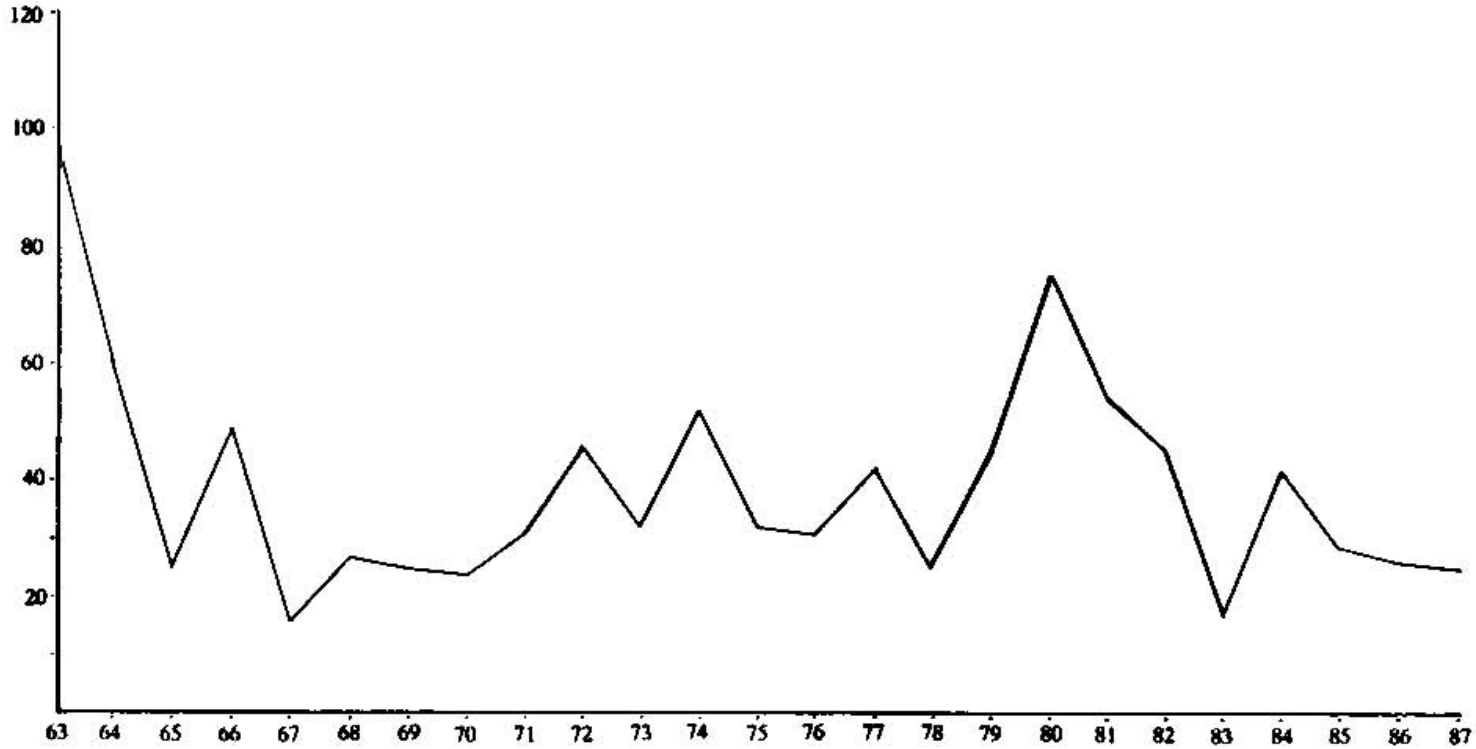
NUMERO DE SINDICATOS REGISTRADOS SEGUN AÑO; PERIODO 1956-1987



FUENTE: DEPARTAMENTO DE ECONOMIA LABORAL
SECRETARIA DE ESTADO DE TRABAJO

CUADRO #6

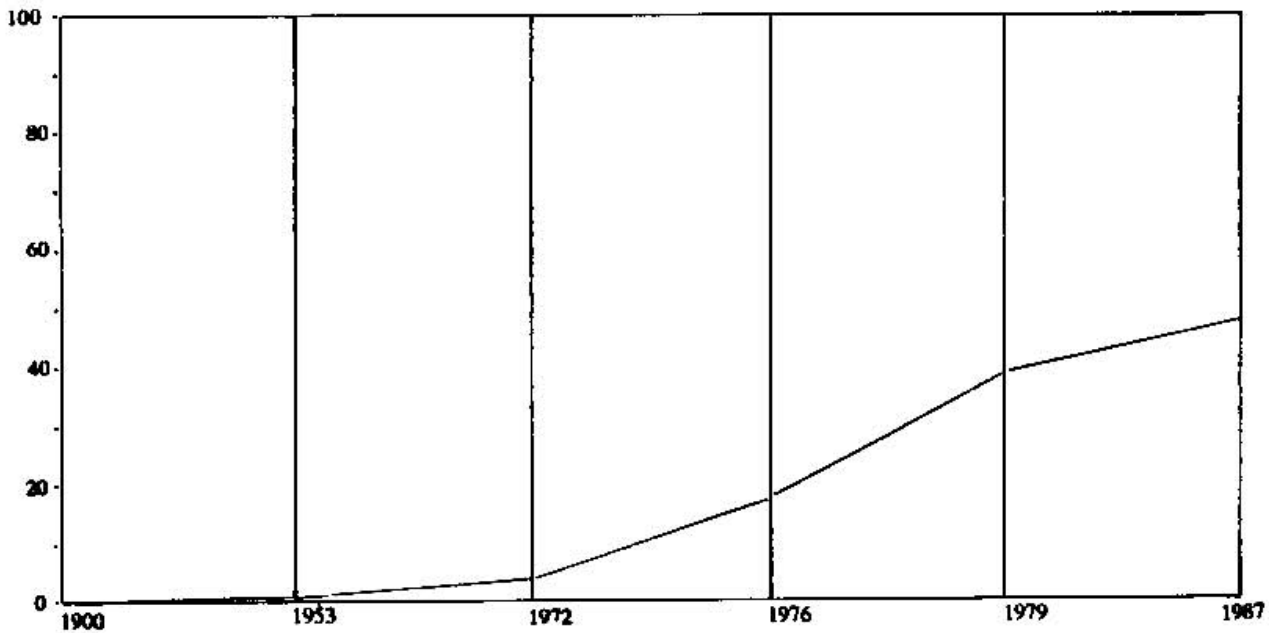
NUMEROS DE PACTOS COLECTIVOS FIRMADOS PERIODO 1963-1987



FUENTE: DEPARTAMENTO DE ECONOMIA LABORAL.
SECRETARIA DE ESTADO DE TRABAJO

CUADRO #7

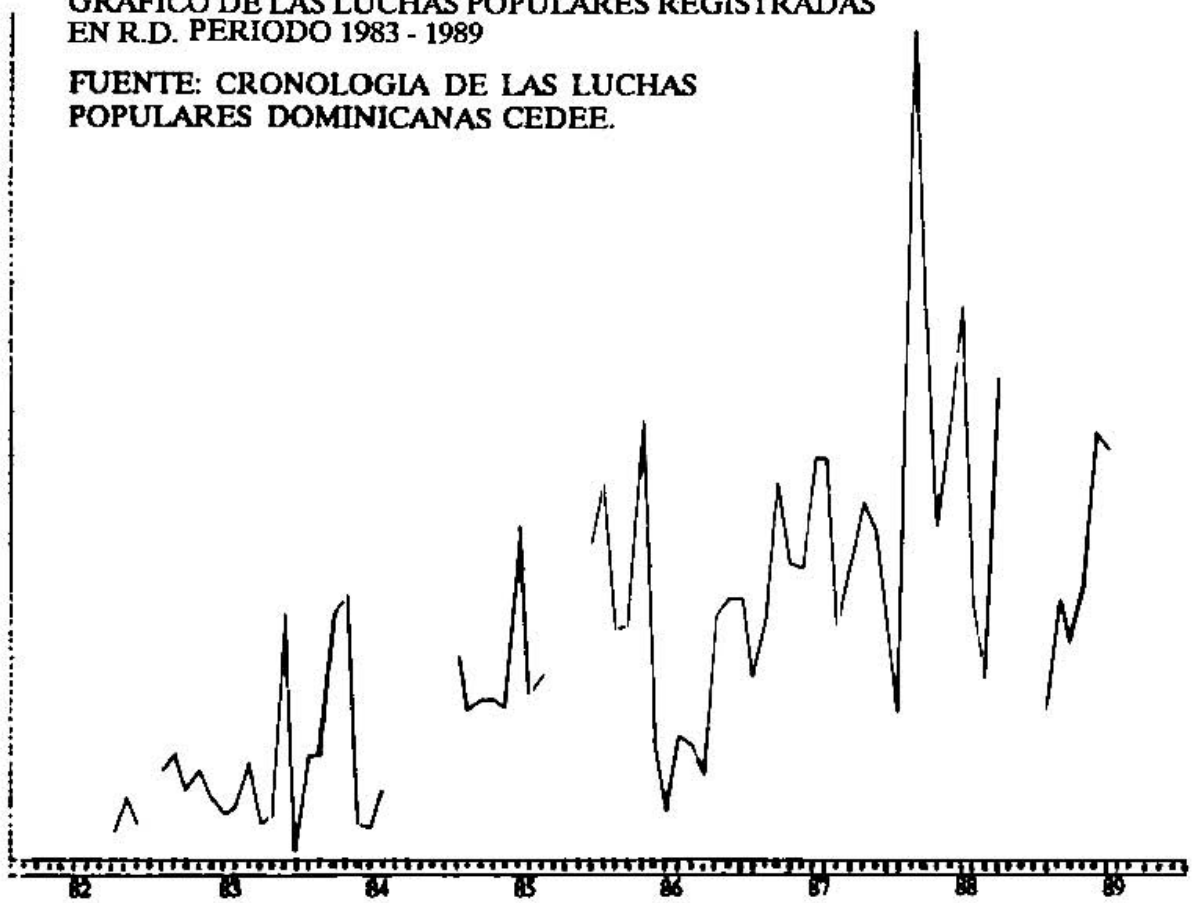
REPUBLICA DOMINICANA, PERIODO 1900-1987
EXPRESION GRAFICA EN PORCENTAJE DEL
NUMERO DE ASOCIACIONES CAMPESINAS FORMADAS



CUADRO #8

GRAFICO DE LAS LUCHAS POPULARES REGISTRADAS EN R.D. PERIODO 1983 - 1989

FUENTE: CRONOLOGIA DE LAS LUCHAS POPULARES DOMINICANAS CEDEE.



CUADRO #9

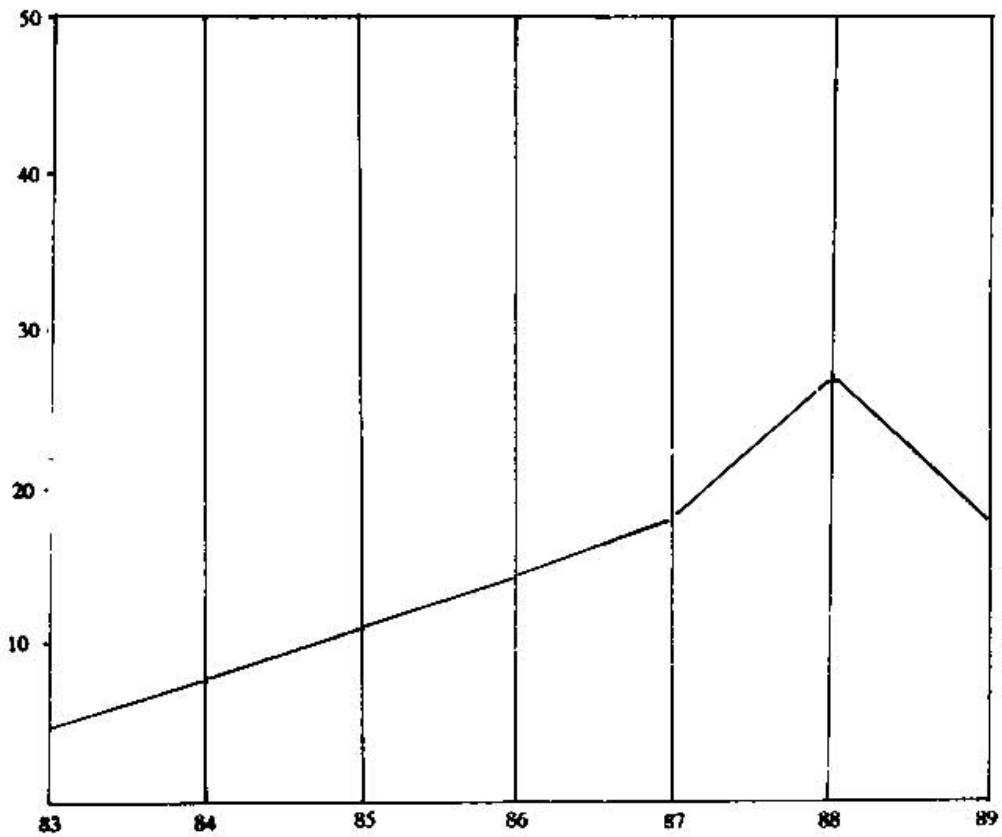
REGISTRO DE LAS LUCHAS POPULARES DESAGREGADAS POR MESES.
PERIODO 1983-89 (ENERO - JUNIO)

AÑOS / MESES	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	TOTAL	%
ENERO	10	12	25	43	21	18	19	146	12.67
FERERO	12	12	13	26	28	95	30	218	18.9
MARZO	8	28	18	27	42	59	23	205	17.79
ABRIL	10	30	18	44	34	37	31	209	18.14
MAHO	7	5	17	15	34	50	48	176	15.27
JUNIO	5	3	36	6	45	61	46	202	17.53
TOTAL	52	90	129	166	204	318	197	1152	—
POR CIENTO	4.51	7.8	11.19	14.40	17.70	27.6	17.1	—	100%.

CUADRO #10

GRAFICO DE LAS LUCHAS POPULARES
REGISTRADAS EN REPUBLICA DOMINICANA

PERIODO 1983-1989, EXPRESION EN PORCENTAJE



FUENTE: CUADRO #9

LITERATURA CITADA

Ceara Hatton, M. *Crisis económica y democracia: hacia una economía de espumas,* **Ciencia y Sociedad**, 1987 No. 1.

------. *El ciclo de la política económica,* Unibe 1989. No. 1.

Castells, M. **La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos.** Alianza Editoiral, 1986.

Cavarozzi, M. y Garretón. **Muerte y resurrección.** Flacso, 1989.

Consultoras asociadas. *Las mujeres en el movimiento social urbano dominicano: el caso de la ciudad de Santo Domingo.* Mimeo 1989.

Dahrendorf, R. **Il conflitto sociale nella modernitá.** Laterza 1989.

Duarte, I. **Trabajadores Urbanos.** UASD, 1986.

Hirschman, A. O. **Lealtá, defezione, protesta.** Fabbri, 1982.

Ianni, V. *La trama deshilvanada del movimiento sindical dominicano.* Mimeo, 1988.

Melucci, A. **L'invenzione del presente.** Il Mulino, 1982.

------. **Sul coinvolgimento individuale nell'azione collettiva, in Rassegna italiana di Sociologia.** Il Mulino, 1987, No. 1.

------. **Altri codici.** Il Mulino, 1984.

Moreno, J. **El pueblo en armas.** Tecnos, 1973.

Tarrow, S. *Movimenti e organizzazioni sociali: che cosa sono, quando hanno succeso, en Laboratorio politico, Einaudi, 1982, No. 1.*

Touraine, A. *Le lotte antinucleari,* en **Ecología politica**, Feltrinelli, 1987.

------. **El postsocialismo.** Planeta, 1982.